

Encuentro FUCREA 2012
Hotel Conrad – Punta del Este
Martes 21.08.2012, 09.30 hs.

*Apuntes para la intervención de Emiliano Coteló en el panel titulado “**Visiones del Sector Agropecuario y su incidencia en la identidad cultural del Uruguay**”.*
(También participaron Gerardo Caetano y Rodolfo Irigoyen)

Cuando los amigos de FUCREA me invitaron a participar en este encuentro 2012, una de las razones que manejaron fue que yo dirijo un programa periodístico radial en horario central que se ha animado a incluir y destacar los temas del agro, pero además que yo mismo me involucro en las recorridas de campo que hacemos muchas veces antes de abordar esos asuntos.

¿Por qué eso es algo excepcional que merece ser subrayado?

¿Por qué existe en nuestro país un corte tan abrupto entre campo y ciudad, y, sobre todo, entre Montevideo y el campo? (O, mejor dicho, entre la mayor parte de la gente de Montevideo y el campo...)

Eso no tiene sentido, no debería ocurrir, en un país donde el agro y sus sectores conexos pesan tan fuerte en la economía nacional, al punto de que son responsables por el 70% de las exportaciones y, por lo tanto, inciden mucho en los ingresos de una proporción muy grande de los habitantes del Uruguay.

¿Por qué no somos conscientes de eso?

¿Por qué no estamos involucrados con el agro, del que dependemos tanto?

INDIFERENCIA, DESCONOCIMIENTO, PREJUICIOS

A mí me resulta muy chocante esa distancia, que muchas veces se traduce en el rechazo a algunos de las notas periodísticas que proponemos. Y sé que es un tema que a ustedes les preocupa. No es agradable sentirse incomprendidos, ignorados, no reconocidos. Pero además por muchas otras razones, entre ellas que ese tajo incide negativamente a la hora de captar mano de obra para las actividades agropecuarias. Por ejemplo, también implica un riesgo de tipo cultural. El productor Julián Cabrera lo formulaba en estos términos en una carta que nos mandó a En Perspectiva en junio de 2000: *“Considero que (en el campo) tenemos un reservorio cultural al que necesaria e imprescindiblemente tenemos que preservar, si queremos un futuro un poco menos agresivo, un poco menos gris, un poco menos dependiente de cosas materiales, un poco menos contaminado, con un poco más de culto a la palabra empeñada, con un poco de sonrisa en las adversidades”.*

En Nueva Zelanda, por ejemplo, la realidad es otra. La economía agropecuaria está presente con mucha fuerza en su población. Los kiwis siguen con atención, por citar un caso, lo que pasa con los precios de los productos del agro. Por ejemplo, si sube el precio internacional de la leche, no sólo están enterados, sino que, a diferencia de nosotros, no se enojan ni se amargan, porque saben que, aunque en el corto plazo esa suba los perjudique algo en sus bolsillos, a la larga y en el fondo allí hay un beneficio importante para la sociedad en su conjunto.

¿Por qué eso acá no ocurre?

¿Por qué los “urbanos” vivimos de espaldas al agro?

O, peor, ¿por qué tenemos tantos prejuicios negativos?

Hoy quiero hacer algunos comentarios sobre este tema a partir de mi experiencia de periodista. Advierto desde ya que todo lo que voy a decir es muy discutible. Mejor. Lo que quiero es justamente es avivar la reflexión entre los integrantes de la mesa y, sobre todo, la reflexión de ustedes que están ubicados en la platea, sus amigos, sus familias, etc. Quiero dar algunas posibles causas, pero no quedarme en ese plano del diagnóstico. Además, me gustaría presentar también algunas propuestas sobre cómo mejorar esta situación.

NO AYUDAN

En cuanto a las causas, por supuesto que hay un contexto histórico que tiene mucho que ver. Gerardo Caetano fue muy contundente al respecto en su intervención. Destacó, por ejemplo, que este corte existe desde las mismísimas gestas revolucionarias de la independencia; señaló, incluso, que es un conflicto constitutivo de la identidad nacional.

Pero yo quiero agregar otros factores. No digo que sean LAS explicaciones. Pero sí digo que son situaciones que no ayudan a la integración campo-ciudad.

¿De dónde salen estos puntos que voy a mencionar? Algunos son impresiones que yo he palpado directamente. Otros, surgen de atender y analizar lo que dicen los oyentes envían durante La Tertulia Agropecuaria y otras notas sobre agro que realizamos en el programa.

Y empiezo por “mi casa”, con lo que conozco más directamente: los medios de comunicación. El agro casi no existe en las páginas de información general de los diarios, no existe en el horario central de la televisión, no existe en los horarios de mayor audiencia de las emisoras de radio. Sí existe, en cambio, en los diarios en la sección “Rurales” y en la televisión y en la radio en programas “especializados”. No entiendo de dónde viene ese pacto implícito que hay en los medios que ha guettizado a los temas agropecuarios en casilleros bien delimitados. La realidad es esa. Los periodistas y los directores tenemos la conciencia tranquila de que nos ocupamos del agro, pero reduciéndolo a espacios y horarios recontra-segmentados (tan segmentados que en el caso del medio radio esos programas van, además, a las 5.00 de la mañana y, con suerte, tienen otra edición pero en el atardecer o la noche, o sea, cuando las radios tienden a ser débiles por la competencia de la televisión).

La excepción, claro, es Radio Rural, que destina las 24 horas de su programación a los temas del campo, pero tampoco ayuda mucho desde el punto de vista de la integración, porque de nuevo estamos hablando de segmentación, en este caso toda una radio segmentada y pensada sólo para el público del interior y del agro.

Ese es el otro problema: todos esos programas especializados están pensados para que los escuche, con suerte, el público del agro. Y los contenidos están incluso bastante standarizados, tanto en la temática como en el lenguaje, con lo cual el público urbano que quiera acercarse a ellos tiende más bien a sentirse rechazado (¿Qué estoy haciendo acá? Por lo visto, me metí en una conversación ajena).

Paso ahora al otro lado del mostrador en busca de otras situaciones que no ayudan:

El hecho de que existan en nuestro país tantos predios agropecuarios de gran tamaño, notoriamente más grandes que las farms de Nueva Zelandia o las granjas de Europa. No estoy diciendo que eso sea bueno o malo; eso tendrá sus ventajas o no desde el punto de vista productivo. Pero le da a buena parte del agro un aire elitista y hasta feudal. Es cierto que también hay predios relativamente chicos, por ejemplo, en Canelones o en Colonia. Pero con

ellos no se arregla la cosa desde el punto de vista de la imagen: para la población en general, esa otra parte del agro suena a establecimientos y empresarios más bien precarios, llenos de problemas y sacrificios.

(Julián Cabrera hablaba de esto en su carta, cuando advertía que entre los capitalinos existe *"la equivocada convicción íntima (...) de que pasando el arroyo Carrasco todo lo que hay son señores feudales por un lado y un número de brutos e ignorantes por otro, a los que es mejor ignorar pues no tienen más importancia social que sus jineteadas (o mal llamadas domas) en Semana de Turismo.*)

Las malas condiciones trabajo del personal que, en general, han caracterizado al agro durante décadas: por ejemplo, los sueldos bajos o las condiciones de vivienda. No entro a discutir si se podía pagar más o no. Era un hecho. Y no sólo relativo a los empleados. También tenían y tienen una vida dura los propietarios de pequeños establecimientos, por ejemplo tambos o granjas. Era un hecho. Y eso, entre otras cosas, llevaba a que muchos de los hijos de esas familias no quisieran seguir la huella de sus padres y luego permeaba en sentimientos negativos en el entorno de esas personas. Y, por supuesto, también era visto críticamente en determinados sectores intelectuales y políticos de Montevideo y otras zonas urbanas.

La infraestructura disponible en el campo uruguayo, escasa y pobremente mantenida: caminería, carreteras, comunicaciones, electricidad. Y los servicios, también deficientes, por ejemplo en transporte y enseñanza. No conozco los orígenes de este problema. En Nueva Zelanda, por ejemplo, no es así. ¿Es que el Estado neocelandés invirtió un dinero que el Estado uruguayo no estuvo dispuesto a invertir? ¿O todo es consecuencia de lo primero que mencioné, el tipo y tamaño de los establecimientos?

Tampoco ayudan los voceros habituales del agro en los medios de comunicación. Con muy pocas excepciones, esos voceros son el presidente de la Federación Rural del Uruguay, el presidente de Asociación Rural del Uruguay, el presidente de la Confederación Granjera, etc., etc. O sea, son casi siempre representantes de intereses gremiales y corporativos, para peor con discursos generalmente centrados en reclamos al gobierno, y muy a menudo reclamos de plata (subsidios, incentivos o rebajas de impuestos), que, por lo tanto, terminan directa o indirectamente en el bolsillo de todos los uruguayos. Pero creo que ha sido especialmente negativo para la integración campo-ciudad el hecho de que esas voces del agro hayan estado dominados por LA QUEJA, desde cómo los trata la meteorología hasta -lo peor- los pedidos de refinanciación de deudas, algo que, afortunadamente, ya es cosa del pasado, pero que era visto por muchos como un privilegio incomprensible y como una muestra más de un empresariado ineficiente y quedado en el tiempo.

De todos modos, también cabe preguntarse: ¿Alguien nos prohíbe a los periodistas que vayamos en busca de otro tipo de voces del agro? ¿No podemos entrevistar a los productores creativos e innovadores, los que abren mercados, los que trabajan con responsabilidad social en su entorno, los investigadores que consiguen desarrollos tecnológicos notables? Claro que sí podemos. Pero durante mucho tiempo nos hemos quedado en el trabajo de escritorio, comodón y facilongo, llamando por teléfono a los conocidos de siempre o yéndolos a buscar con una cámara o un micrófono a su oficina en Montevideo.

QUÉ HACER

Ustedes tal vez estén pensando que varios de los problemas de imagen que yo señalaba recién han sido superados o están en vías de ser superados. Estoy de acuerdo: el sector ha madurado en la calidad de sus productos y sus procesos de producción, en el empresariado ha habido

renovación generacional y de formación profesional, se invierte fuerte, se ha intensificado la producción, la gestión ha ganado en eficiencia, hay innovación, hay valor y método a la hora de tomar riesgos y se ha mejorado notoriamente las condiciones de vida y de trabajo de su personal. Nos acercamos mucho a un “agro inteligente”.

El Uruguay profundo ha cambiado de manera sensible. El paisaje incluso es otro. Sin embargo, qué curioso, buena parte de la población más urbana no se ha enterado.

Por lo visto, el agro sigue teniendo un déficit muy serio por el lado de la comunicación. Y por ese lado hay que trabajar.

Ahora que el agro uruguayo tiene tanto de qué enorgullecerse está la oportunidad ideal para mejorar el vínculo con el conjunto de la sociedad. Y en esa tarea son varios los actores que pueden y deben contribuir, pero me parece claro que los propios productores y empresas del agro-negocio, sobre todo aquellos de punta, deberían ponerse esta aventura sobre sus hombros.

Por un lado, es fundamental seguir mejorando hacia adentro, en la organización de las empresas, en las relaciones laborales, en las normas de seguridad en el trabajo y en el respeto al medio ambiente.

Por otro hay que cambiar a los voceros (o sumar otros, distintos, que tengan otras cosas para decir y que sepan llegarle a la gente, y que vayan desplazando a los portavoces tradicionales). Pero también hay que abrirse. Y en ese sentido yo sugiero que se trabaje para acercar físicamente el campo a la ciudad.

Se me podrá decir que ya hay experiencias muy antiguas en esa dirección, por ejemplo, la Exposición Rural del Prado. Se me dirá, además, que son todo un éxito de público.

Yo contesto que tal vez sean buenas bases, pero para hacer otra cosa. Me parece evidente que la Rural del Prado no muestra efectivamente lo que es el agro de nuestro país. Tiene, por un lado, una cantidad de locales comerciales ajenos al sector. Por otro, tiene, es cierto, una cantidad de stands de insumos y maquinaria para el agro, pero que están destinados sobre todo a la propia gente del campo. Y, yendo ahora sí a la ganadería, tiene la exposición de reproductores de las distintas razas. Pero eso que la gente ve en los galpones no es el agro: son animales maravillosos, enormes, lavados y peinados, y quietos en pequeños establos. Para complicar más las cosas, son bichos que están acompañados por los cuidadores, también encerrados y casi asimilados a los animales. Es como una imagen parcial y hasta distorsionada de la ganadería. No se ve a los toros y a las vacas normales, en movimiento, en su hábitat; no se ve qué y cómo comen; no se ve el trabajo real del personal del campo a caballo, etc., etc. Y por supuesto que tampoco se ve la agricultura, ni las plantaciones de arroz, ni los montes de la forestación, ni las huertas ni las granjas.

Propongo: ya que la Rural del Prado tiene una cantidad de público cautivo, podría idear otras formas de divulgación de la actividad agropecuaria real. Con demostraciones que se desarrollaran allí mismo, en el predio de la ARU, o con invitaciones para viajar a tales o cuales establecimientos a observar Y VIVIR las cosas in situ. Se podría, por ejemplo, sortear entre el público del Prado varias excursiones planificadas para mostrar a lo largo de un día o de un fin de semana cómo son, por dentro, dos, tres o cuatro rubros del agro.

A esos efectos, ya hay otra base, que son las estancias turísticas. Pero, para mi gusto, ellas no siempre se dedican a enseñar cómo es el agro real. Muchas veces se limitan a la organización de cabalgatas o la ida a ver cómo se ordeñan las vacas o al gallinero a ver las batarazas y los gallos. Eso no está mal, pero a la gente de la ciudad le muestra apenas un barniz. Habría que armar tours más ambiciosos que profundizaran aménamente en lo que implica cada sector del agro: cómo se desarrolla el trabajo día a día, cuáles son los riesgos, cuáles son los productos, etc.

Muchos productores suelen hacer ese tipo de turismo, visitando establecimientos de otros, para conocer cómo lo hacen sus colegas y aprender de ellos. Los grupos CREA, en particular, tienen gran experiencia en ese sentido. ¿Por qué no adaptar ese modelo de recorridos de campo, para convertirlo en un sistema de divulgación que atraiga a gente de la ciudad?

Ojo: No estoy inventando nada. Ya hay quienes están abriendo ese camino. Destaco en ese sentido a la planta de celulosa de UPM, que hace ya un tiempo tiene organizados los tours por sus instalaciones. Es una idea excelente. Se me podrá contestar que se trata de un caso particular, porque esa empresa ha estado en la picota y debe derribar prejuicios. ¿Y no es eso, justamente, lo que le pasa estructuralmente al agro uruguayo?

Pero incluso antes de UPM hay otras experiencias de este tipo de turismo agropecuario de divulgación: La ruta del queso, en Colonia; o las bodegas de Montevideo y Canelones que abren sus puertas al público, individualmente o en grupos, por ejemplo como ocurrió hace pocos días en el Fin de semana de la poda, donde los visitantes eran invitados a participar ellos mismos de esa tarea recorriendo las vides, etc.

Lo que está faltando es hacer eso mismo en los sectores de mayor peso en el agro uruguayo. ¿Por qué no? El slogan podría ser algo tan elemental como: “Venga y conozca el nuevo agro uruguayo” o “Acérquese y descubra el agro inteligente”. ¿Por qué no organizar visitas guiadas y didácticas a las plantaciones de soja, tan denostadas? ¿Por qué no llevar a la gente a chacras de trigo, o a los silos, o a los establecimientos ganaderos más destacados, o incluso a los engordes a corral, también tan polémicos?

Hace un tiempo, con La Tertulia Agropecuaria, viajamos a Rivera donde fuimos muy bien recibidos por la empresa URUFOR, y dedicamos un fin de semana a conocer paso a paso todo el ciclo de un árbol, desde el vivero hasta el aserradero, pasando por los montes, con la plantación, las podas, el mantenimiento y finalmente la cosecha de la madera. En todos los casos apreciamos un proceso serio y profesional, vimos al personal desempeñando sus tareas de manera muy digna y cumpliendo con todas las normas de seguridad. Conocimos, además, la maquinaria de última generación que se utiliza en las diferentes etapas. ¿Por qué no promover abiertamente ese tipo de visitas? “Conozca a la forestación seria y de punta”.

Si se fuera en busca del público adulto, se podría enseñarle lo que es realmente el agro por dentro, pero al mismo tiempo se debería escucharlo, discutir con esa gente, aprender a propósito de las causas de las incomprensiones y los desencuentros.

Y ya que utilicé el verbo “enseñar”, es evidente que hay mucho que hacer entre los niños y los jóvenes, en Primaria y, en especial, en Secundaria. Algunos jardines de infantes o colegios cada tanto se suben a un ómnibus y van a pasar la mañana o la tarde en una granja didáctica de las afueras de Montevideo. No está mal. Por lo menos esos chicos se enteran de lo que es una vaca, una oveja y un caballo, y descubren que la leche no nace en la bolsita que encuentran en la heladera de su casa. Pero eso no es conocer la actividad agropecuaria. No nos engañemos. ¿Se hace mucho más en la Enseñanza en esa dirección? En el mejor de los casos, se organiza una visita a la Rural del Prado, pero ya vimos las limitaciones que hay allí en cuanto a contacto real con el agro. ¿No está faltando que las escuelas, y sobre todo, los liceos se propongan salidas de Montevideo o de capitales del interior al campo profundo? Así como, cada tanto, se organizan campamentos, ¿no podría organizarse campamentos didácticos para conocer las plantaciones de soja o trigo o para aprender lo que es la ganadería? Son muy pocos fuera del agro los que saben el significado de términos como cría, recria, engorde, invernada. Bueno, los turistas que participaran de estas recorridos aprenderían sobre el terreno, y también verían el embarque, el ingreso a frigorífico, la faena, la diferenciación por cortes, el packaging, los mercados de exportación, etc. ¿No está faltando eso, entre tantas otras cosas, en la educación nacional? ¿No vendría muy bien en especial en los liceos? ¿No sería muy útil desde múltiples puntos de vista?

